

LA TORRE DE LA CATEDRAL NUEVA DE SALAMANCA

por

ALFONSO RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS

En virtud de un malentendido la torre de la Catedral Nueva de Salamanca fue atribuida por Camón Aznar a Pedro de Ribera. En efecto un espléndido dibujo firmado por el famoso arquitecto madrileño que se conserva hoy en el Museo Diocesano salmantino y que —como luego comprobaremos— no pretendía otra cosa que reforzar el fuste de la torre maltrecho y en peligro de resquebrajarse, hizo suponer al ilustre crítico que el campanario, ochavo y cúpula que lo rematan habían sido proyectados en su totalidad por Ribera¹. Esta equivocada opinión fue compartida también por G. Kubler².

Hay que comenzar aclarando que en el proyecto de la Catedral Nueva de 1513 no se había previsto ninguna torre pues se pretendía aprovechar para el nuevo templo una de las de la contigua Catedral Vieja. En la fachada de ésta se habían levantado dos torres de flanqueo, la de las campanas y la conocida por torre «mocha». Pues bien la primera de ellas, edificada a comienzos del siglo XIII, sirvió de campanario a la nueva catedral³. Su forma se adivina claramente en el mencionado dibujo de Ribera, así como en otro debido a Juan de Sagarvina para mostrar las profundas hendiduras que ocasionó el terremoto de Lisboa de 1755. Se componía de dos cuerpos cúbicos, el segundo ligeramente más alto que el primero, separados por una banda horizontal entre dos impostas. Ambos cuerpos estaban aparejados con sillares menudos de piedra arenisca de mala calidad, lo que en parte fue causa de su progresivo deterioro. Llevaban como adorno pares de nichos poco profundos terminados en arcos apuntados. Sobre la plataforma alta se debió construir un

¹ J. CAMÓN AZNAR, *Sobre la torre de la Catedral Nueva de Salamanca*, «Archivo Español de Arte», 1940-1941, p. 473-474. El autor opina que la torre fue reedificada después del incendio de 1705 por Pantaleón Pontonas (sic.) según el dibujo de Ribera.

² G. KUBLER, *Arquitectura de los siglos XVII y XVIII*, vol. XIV de «Ars Hispaniae», Madrid, 1957, p. 173.

³ Véase J. GONZÁLEZ, *La Catedral Vieja de Salamanca y el probable autor de la Torre del Gallo*, «Archivo Español de Arte», 1943, p. 39-50; J. CAMÓN AZNAR, *Etapas constructivas de la Catedral Vieja de Salamanca*, «Goya», n.º 28, 1958, p. 274-279.

campanario de obra de fábrica culminado por un chapitel de madera recubierto de plomo. Dichos campanario y chapitel, al ser de materiales más livianos, no ejercían un excesivo empuje sobre el fuste, de suerte que el único peso de consideración venía determinado por la existencia de las campanas. No sabemos, por tanto, que antes del siglo XVII el fuste de la torre hubiera experimentado ningún deterioro de consideración en virtud del calibrado juego de fuerzas existentes en la torre.

Así las cosas, el 2 de mayo de 1705 se declaró un incendio en el chapitel de madera por culpa de un rayo que lo consumió enteramente, prendió fuego al campanario y arrojó a la calle la campana del reloj, dejando el cimbalillo y las demás campanas inservibles. Los planes para la reedificación comenzaron inmediatamente, contándose con la cooperación económica de diversas entidades y personas: el obispo a la sazón de la diócesis don Pedro Calderón de la Barca, el Cabildo, la Universidad, la ciudad, colegios, conventos, etc. También contribuyeron con limosnas el cardenal Portocarrero, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Valladolid⁴.

Las obras del nuevo campanario procedieron con tanta rapidez que a los cinco meses se hallaban terminadas por cuanto que el 26 de octubre se gratificaba al maestro mayor de la catedral, Pantaleón Pontón y Setián, por lo que había trabajado y por lo que había ahorrado a la fábrica en subir las campanas mediante unos andamios especiales hechos a posta. Las campanas nuevas, la del reloj, un cimbalillo y dos esquilonas, fueron fundidas por Pedro Güemes y Francisco Antonio de Sierra⁵.

A seguido se procedió a rematar la obra que faltaba concretamente a construir el nuevo chapitel. El 27 de noviembre presentó, traza un José García, traza que fue rechazada. También lo fue la que ofreció Joaquín de Churriguera⁶. Se quedó, pues, con la obra el mismo Pantaleón Pontón y Setián. La construcción experimentó, sin embargo, en esta ocasión el retraso de un lustro debido a la escasez de recursos económicos. De todas formas en diciembre de 1710 se encontraba totalmente finalizada, habiéndose edificado el ochavo, media naranja y linterna que constituían el nuevo remate. El 10 de dicho mes se quejaba Pontón y Setián al obispo don Pedro Calderón de la Barca de no haber sido gratificado suficientemente por el trabajo que había tenido en el

⁴ Archivo de la Catedral de Salamanca (sigla = A. C. S.), Actas Capitulares, n.º 46, años 1700-1705, fol. 554 v. Relata este episodio M. VILLAR Y MACÍAS en su *Historia de Salamanca*, tomo II, Salamanca, 1887, p. 262. Este historiador local que había leído y se apoyaba en un manuscrito hoy perdido del arquitecto del XVIII Simón Gabilán Tomé, acierta al atribuir la reconstrucción del nuevo campanario y chapitel a Pantaleón Pontón y Setián. Le siguieron en este punto y en todo lo relativo a la vicisitudes de la torre don Elías TORMO (*Las Catedrales de Salamanca*, Madrid, 1931), don Manuel GÓMEZ MORENO (*Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*, Madrid, 1967) y Fernando CHUECA GOITIA (*La Catedral Nueva de Salamanca*, Salamanca, 1951).

⁵ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 47, años 1705-1710, fol. 9 v.

⁶ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 47, años 1705-1710, fols. 22 r.-23 r.

chapitel, pues solamente se le habían entregado los 200 ducados de su salario anual en virtud de su oficio de maestro mayor. Pedía, por consiguiente, que se buscara otro maestro que tasara la obra del chapitel «por tener yo acaso —añadía— pasión por ser obra mía»⁷. Decidió el Cabildo que se le gratificase efectivamente con doscientos doblones.

Nos encontramos, en conclusión, con que el campanario, ochavo, cúpula y linterna que culminan hoy la torre de la Catedral salmantina son obra inequívoca de Pantaleón Pontón y Setién. En ésta un maestro de origen montañés, natural de Galizano en la Merindad del valle de Trasmiera, cuna de tantos hábiles y competentes canteros, maestros de obras y arquitectos desde la Edad Media hasta los años de que nos ocupamos. Hijo de don Francisco Pontón y Setién y de doña María de Solano Vélez, había sido nombrado maestro mayor de la Catedral tras el fallecimiento del anterior, su tío Juan de Setién Güemes⁸. A partir de 1703 había asentado los pilares de la capilla mayor, había cerrado las bóvedas del crucero y estaba aparejando los arcos torales sobre los que se asentaría luego la controvertida cúpula construida por Joaquín de Churriguera según proyectos de fray Pedro Martínez. Su fama no debió ser poca cuando, recién terminado el remate de la torre, se le encomendó erigir sobre el crucero de la catedral gótica de León una linterna cuyos problemas, no tan felizmente resueltos en este caso, le llevaron, según Simón Gabilán Tomé, a la sepultura⁹. Falleció en Valladolid el año 1713.

En cambio podemos decir que acertó plenamente en el tratamiento que había que dar a la torre salmantina, que no podía ser otro que el de un compromiso entre las líneas maestras gótico-tardías del resto del templo y el común lenguaje barroco de comienzos del siglo XVIII. El campanario consiste en una plataforma cuadrada de las mismas proporciones que las partes antiguas del fuste románico. En sus cuatro caras se abren tres arcos ligeramente abocinados para las campanas, separados por pilastras cajeadas con capiteles de orden compuesto. Sobre el hueco central hay tallada la esfera de un reloj y sobre los contiguos frontones decorativos de segmentos curvos entre los que se inserta el emblema catedralicio, el jarrón de azucenas. Los tramos apilas-

⁷ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 48, años 1710-1715, fols. 25 r. y verso.

⁸ Estos escuetos datos han sido tomados de una larga serie de documentos sobre la intervención de Pantaleón Pontón y Setién en la linterna de la catedral de León: Archivo Histórico Diocesano de León, legajo 58, fols. 78-96. He podido consultar estos documentos gracias a la amabilidad de mis amigos José Javier Rivera y Cristina Rodicio.

⁹ Véase sobre este punto el estudio de E. DÍAZ-JIMÉNEZ Y MOLLEDA, «Catedral de León. La cúpula del siglo XVII y la linterna del siglo XVIII», Separata de la revista *Erudición Ibero-Ultramarina*, t. II, n.º 8, p. 498-525, Madrid, 1931. También debo la consulta de este librito a la amabilidad de mis amigos citados. La verdad es que Pontón y Setién no se sintió fracasado en León, como creyó Simón Gabilán Tomé en frases aducidas por Villar y Macías. Los errores se cometieron después por aparejadores que alteraron la traza de la linterna y por el hecho de haber sido rechazado para realizarla el sobrino de aquel Velasco Pontón.

trados más anchos de los extremos marcan la zona de soporte de los pináculos góticos recambiados del siguiente piso. Si Pantaleón Pontón quería asegurar a la torre una silueta de flecha gótica no le quedaba otro remedio que hacer el siguiente cuerpo ochavado. Así lo había hecho el maestro que compuso mucho antes la torre de la catedral de Segovia, pero con una sequedad netamente herreriana. El maestro salmantino situó pares de pilastras abultadas en las juntas de los ángulos del ochavo, dejando rehundidos los entrepaños donde se abren los campanarios. Marcó así un movimiento en planta que se proyecta más visiblemente en la zona del cornisamento donde los entrantes y salientes producen una suave pero continua ondulación. A tono con este lugar común del barroco, los marcos de los campanarios están dotados del bocelón característico de estos años que se ondula también ligeramente en su parte superior. Los frontones decorativos que sobremontan estos huecos son ahora más turgentes y abigarrados.

También se calca de la torre de Segovia el procedimiento de situar en los ángulos del cuerpo ochavado cuatro pináculos góticos, pero los salmantinos son inmensamente más galanos pues superan en altura al ochavo al que acompañan, enlazando así visualmente el octógono con la media naranja del piso siguiente. Además son de hermoso perfil recambiado, haciendo juego con los que había elevado Rodrigo Gil de Hontañón en la nave del templo gótico. Remata el ochavo una media naranja añillada, surcada por pares de nervaduras que, arrancando de los apilastrados del octógono, convergen en el arranque de la linterna y sirven así para unificar el diseño de los dos últimos cuerpos. Como recuerdo de la torre del Gallo de la Catedral Vieja, estas nervaduras tienen una decoración de roleos fitomorfos. Finalmente el cupulino, también ochavado, se enlaza con ellas mediante unos estribos avolutados, como lo había hecho por primera vez Brunelleschi en la linterna de la cúpula de la catedral de Florencia. El cupulino está cubierto por otra media naranja añillada que culmina en una aguda flecha. En resumen, a pesar de no haber renunciado a un idioma fundamentalmente barroco a tenor de los tiempos, Pantaleón Pontón consiguió enlazar los diferentes cuerpos del campanario y remate de tal suerte que todas las líneas convergiesen hacia esa flecha aguda en que culmina el conjunto, haciendo que la composición entera reviviera el espíritu del gótico.

En lo único en que se equivocó el arquitecto fue en el cálculo de estructuras, pues no cayó en la cuenta de que todo aquel tremendo tinglado de pisos, fabricado enteramente de piedra, era demasiado peso para ser soportado por un fuste construido muchos siglos atrás con medianos materiales y no ideado seguramente para sostener tan gigantesco empuje. Así lo había de demostrar el paso del tiempo, como veremos a continuación.

En efecto a los pocos años, en 1729 concretamente, con ocasión de haber

subido a la torre el aparejador de la catedral Alonso de la Fuente para poner la cabeza a una campaña, advirtió una hendidura, dando cuenta inmediatamente del hecho al entonces maestro mayor Alberto de Churriguera. Este convocó a consulta a otros cuatro maestros de la ciudad que no consideraron la hendidura producto del asiento del campanario nuevo sino como algo que ya existía desde mucho tiempo antes. Por ser pequeña no la tomaron en consideración¹⁰.

En agosto de 1737 el comisario de fábrica del Cabildo don Antonio Baños hizo notar que en el terrado sobre la fachada de la Catedral Vieja se repasaban las aguas yendo a humedecer las bóvedas y paredes de la contigua torre. Examinaron este defecto y de paso los daños ocasionados en la torre Alberto de Churriguera y otros arquitectos de la ciudad. El deterioro debía ser grande cuando el Cabildo decidió convocar a consulta a otros maestros de fuera de la ciudad, dispuesto a gastar los doblones que fuesen necesarios hasta conseguir su total reparación. Fueron consultados un maestro que circunstancialmente se encontraba de paso por Salamanca, «muy primoroso» al decir de las Actas Capitulares, y el ingeniero militar don José Barcia, coronel de dicho cuerpo en Ciudad Rodrigo y regidor entonces de Zamora, poniéndose el remedio que ellos dictaminaron¹¹. El reparo de la torre se convirtió entonces en comidilla de los corrillos de vecinos aterrorizados ante un posible desplome. Después de una fuerte tempestad acaecida en septiembre corrieron voces de que la torre presentaba nuevas quiebras, por lo que el Cabildo tornó a llamar a otro ingeniero militar, en este caso «a uno de los Puches (sic), ingeniero y arquitecto que avía trabajado en el Fuerte de la Concepción que se estaba haziendo» (junto al pueblo de Aldea del Obispo en la raya de Portugal)¹². Este tal emitió un dictamen que estaba en abierta contradicción con el de José Barcia quien, en vista de lo cual, ejerció el derecho de réplica, enzarzándose ambos en una estéril discusión. El Cabildo cortó por lo sano y se determinó a llamar a uno de los arquitectos de la Corte. Excusándose de venir el del rey don Juan Bautista Sacchetti, lo hizo el del Ayuntamiento don Pedro de Ribera, previa licencia otorgada generosamente por el Municipio madrileño. Se hospedó a comienzos de octubre de 1737 en el Convento de San Cayetano —conocida es la amistad de Ribera con los Teatinos a cuya Orden pertenecía uno de sus hijos¹³—, corriendo con los gastos y agasajos el Cabildo salmantino.

El lunes 14 de octubre se leyó el informe de Ribera que aprobó el Ca-

¹⁰ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 51, años 1725-1730, fols. 671 r.-682 v.

¹¹ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 52, años 1730-1740, fols. 624 v. y 625 v.

¹² A. C. S., Ibid., fols. 628 v.-629 r.

¹³ Véase a este respecto el artículo del MARQUÉS DEL SALTILLO, *Don Pedro de Ribera, maestro mayor de las obras de Madrid*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid», 1944, p. 49-77.

bildo, pero por desgracia en las Actas Capitulares no se da cuenta de su contenido. En ellas sólo se consigna que el Cabildo ordenó «se fuese labrando piedra para los cubos para empezarlos en la primavera y que se fuese ejecutando por los señores obreros los demás que pareciese preciso y se pudiese hazer en este tiempo de invierno»¹⁴. Por fortuna se ha conservado el dibujo firmado y anotado por el propio Ribera gracias al cual podemos conocer los remedios que proponía para atajar la ruina de la torre (fig. 1). Eran éstos cubrir con un tejado la terraza que había hecho Juan de Setién Güemes sobre el pórtico de la Catedral Vieja a fin de que no se acumulasen allí las aguas llovedizas infiltrándose luego en la pared contigua de la torre; reforzar el hueco de la escalera de caracol que, en una de las esquinas del fuste, servía de subida a la torre; atirantar las paredes interiores con barrotes de hierro, engatillando además con tacos de madera de negrillo las piedras afectadas por las quiebras. Estas previsiones afectaban al interior del fuste y no a su aspecto exterior. Sin embargo como las hendiduras habían aparecido principalmente en la cara externa del mismo que mira a poniente, ordenaba arrimarle dos cubos de piedra abarcando casi toda su altura, cubos que servirían a su contrarresto. Y aquí fue donde el sensible artista que era don Pedro Ribera supo sacar el máximo partido estético de estos cubos cuya misión era primordialmente de orden utilitario. Los cubos cilíndricos, desnudos en la primera fase de su desarrollo, se convierten luego en elegantes flameros, cuajados de afligranados candelabros, y rematados por un agudo y estilizadísimo jarrón. Candelabros y jarrones que se asemejan indudablemente con los que el mismo Ribera había repartido profusamente en los túmulos funerarios de los duques de Borgoña, Luis XIV, Luis I de España y Amadeo II de Cerdeña, túmulos que se erigieron en Santo Domingo de Madrid entre los años 1712-1733 y cuyos dibujos han sido publicados por Y. Bottineau¹⁵. De esta suerte se agigantaba el perfil ascendente de la torre, aligerada la ruda pesantez del antiguo fuste románico, acompasándose armoniosamente la nueva fábrica con el campanario y chapitel ya hechos por Pantaleón Pontón y Setién.

De todos los arbitrios ideados por Ribera para evitar el deterioro de la torre no se puso en práctica más que el consistente en cubrir con un tejado la terraza del pórtico de la Catedral Vieja, como señalan las Actas Capitulares de 17 de marzo de 1738¹⁶. Quizá —pero sin que podamos asegurarlo con certeza— se atirantó y engatilló la torre por dentro, creyendo el Cabildo que de esta manera quedaba asegurada la solidez de la misma. Pero lo seguro es que la piedra acumulada para fabricar los cubos quedó amontonada y sin

¹⁴ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 52, años 1730-1740, fols. 631 r. y verso.

¹⁵ Y. BOTTINEAU, *L'art de Cour dans l'Espagne de Philippe V, 1700-1746*, Burdeos, 1960. Cfr. del mismo autor *Architecture éphimere et Baroque espagnol*, «Gazette des Beaux-Arts» 1968, p. 213-230.

¹⁶ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 52, fols. 638 r. y verso.

utilizarse. Es posible que el maestro mayor de la catedral Alberto de Churri-
guera se opusiese a esta obra, humillado en su orgullo por no haberse fiado el
Cabildo de su competencia técnica en aquel asunto ¹⁷.

Las cosas continuaron sin mayores complicaciones hasta que el célebre
terremoto de Lisboa de 1 de noviembre de 1755 volvió a empeorar la si-
tuación. La verdad es que más que la torre quedó mucho peor parada la cúpula
sobre el crucero de la catedral tanto que la preocupación, las discusiones y los
dictámenes de los maestros se centraron casi exclusivamente en ella. Pero el 2
de agosto de 1765 se desprendió una piedra de la esquina del mediodía de la
torre. El entonces maestro mayor, Juan de Sagarvinaga, inspeccionó aquella
parte y pudo advertir una grieta muy honda que penetraba hasta la casa del
campanero, «no obstante —añadía— que en todo lo nuevo de la torre no se
conoce sentimiento alguno» ¹⁸. En consecuencia se llamó de Madrid a Fran-
cisco Moradillo para que comprobase el alcance del daño y proveyese al re-
medio. Llegado el 23 del mismo mes aseguró en un informe oral ante el Ca-
bildo que no había peligro inminente de ruina. Expresó que estaba de acuerdo
con el remedio que ya de antemano había previsto Sagarvinaga, a saber: poner
cadenas todo alrededor del fuste, cadenas de hierro grueso que se habían de
fabricar en Vitoria; forrar el zócalo con piedra pajarilla o de granito; deshacer
los paramentos dañados e irlos luego reconstruyendo mejor atizonados; quitar
las bóvedas interiores del fuste, aligerándolas y haciéndolas de ladrillo; final-
mente reparar la aguja del cupulín hendida y desplomada ¹⁹.

Cuando Sagarvinaga fue a poner en práctica estos remedios, hechos ya
los andamios para ello, advirtió que las hendiduras se habían agrandado.
Alarmado el Cabildo mandó buscar entonces a fray Antonio de San José Pon-
tones, pero no se le encontró en su Monasterio de La Mejorada de Olmedo.
Era necesario a toda costa acallar las voces de la gente que auguraba una
inminente ruina. Moradillo escribía desde Madrid el 30 de julio que todo aque-
llo eran falsos alarmismos y que lo que había que hacer era ir practicando los
arbitrios por él recomendados. Pero el Cabildo opinó que con esta evasiva
quería desentenderse de tan enojoso asunto y buscó afanosamente la venida
del lego franciscano Francisco Cabezas, el autor de San Francisco el Grande
de Madrid. Por fin dieron con fray Antonio de San José Pontones, que se en-
contraba en Dueñas, el cual dictaminó que la torre no tenía remedio; por lo

¹⁷ Así lo asegura M. Villar y Macías apoyándose en el manuscrito perdido de Ga-
bilán Tomé. Incluso añade que Churriera abandonó la maestría de la catedral por este
motivo, pero el hecho no parece cierto. La causa de la marcha de Churriera a Madrid
fue más bien la disminución de salario acordada por el Cabildo al haber concluido aquél
la sillería, tabernáculo y trascoro de la catedral y al hallarse, por consiguiente, prácticame-
nte sin ocupación. Por otra parte se habían interrumpido las obras de la Plaza Mayor
que también dirigía Alberto.

¹⁸ A. C. S., Actas Capitulares, n.º 55 bis, años 1755-1769, fol. 194 r.

¹⁹ A. C. S., Ibid., fols. 200 r. y verso.

tanto, una vez entibada por sus cuatro costados y bajadas las campanas, había que desmontarla poco a poco.

Picado en su amor propio, el 25 de agosto se presentó Moradillo en Salamanca acompañado del arquitecto capuchino fray Antonio Manzanares, quien se encontraba haciendo el convento de su Orden en Cantalapiedra. Reunidos los dos con Pontones, éste insistió en el apeo inmediato de la torre, mientras sus colegas opinaron que no era inminente el riesgo de desplome, aunque sí aconsejaban para mayor seguridad que se deshiciesen los pináculos del ochavo a causa de la desviación que presentaban y que se bajasen las campanas. Pero insistían en que no era menester alarmar a los vecinos del contorno diciéndoles que debían desalojar sus casas; lo único de que se corría riesgo era de que se desprendiese nuevamente alguna piedra. En fin el Cabildo ante la disparidad de criterios decidió, como último recurso, convocar al arquitecto más acreditado del momento, don Ventura Rodríguez Tizón. De todas maneras como medida preventiva al Obispo, a la Universidad y a los demás vecinos afectados a desocupar sus locales y domicilios²⁰.

La intervención de Ventura Rodríguez en el asunto que nos ocupa ha sido estudiada recientemente en un libro dedicado a este extraordinario arquitecto, si bien ligeramente y de pasada puesto que en el imponente conjunto de la obra del maestro de Ciempozuelos la torre salmantina ocupa un lugar secundario y de escasa trascendencia²¹. Enviado por la Academia, mediando una orden del marqués de Grimaldi, Rodríguez se personó en Salamanca el 10 de septiembre de 1766 y presentó su dictamen el día 21²². Observaba atinadamente el arquitecto en primer lugar que el terremoto no pudo menos de hacer estrago en la torre «por la antigüedad del primer cuerpo que no fue construido para que después se le recargasen los dos crecidos de campanas con la cúpula de piedra y linterna con que finaliza la torre». Por eso las quiebras eran de la peor especie ya que bajaban oblicuas empezando en el medio de las caras de poniente y mediodía desde el asiento del primer cuerpo de campanas y finalizando en los ángulos, de modo que venían a formar dos pirámides invertidas cuyas cúspides estaban en los mismos ángulos. En el archivo de la Catedral se conserva un tosco dibujo formado por Juan de Sagarvinaga para mostrar precisamente la situación y la forma de estas impresionantes grietas (fig. 2).

De tal suerte era inminente la ruina de la torre según don Ventura, que

²⁰ A. C. S., *Ibid.*, fols. 258 y siguientes. A este asunto se refiere M. Villar y Macías en su citada *Historia de Salamanca*, tomo II, p. 265 y ss., donde hace un resumen de las vicisitudes de la torre desde el terremoto de 1755, basándose, como siempre, en el manuscrito de Gabilán Tomé.

²¹ Thomas F. REESE, *The Architecture of Ventura Rodríguez*, Nueva York, 1976, vol. I, p. 142 e ilustración 146.

²² Se encuentra inserto en las Actas Capitulares que venimos citando, n.º 55 bis, fols. 304 y ss. Lo transcribe T. REESE en el libro citado, vol. II, p. 204-207.

si se le quitasen los andamios que entonces la entibaban, se produciría fatalmente. No encontrando, por consiguiente, ninguna posibilidad de reparación, aconsejaba demolerla enteramente cuanto antes. Para eso se bajarían primeramente las campanas, luego se desmontarían los pináculos del cuerpo ochavado para formar a su alrededor un andamio de forma que se fuesen apeando las piedras de la linterna, cúpula y ochavo ordenadamente, bajándolas por el interior del fuste hasta la calle. Efectuando el desmonte con el cuidado indicado, se podrían seguir utilizando sin el menor peligro las catedrales Nueva y Vieja, así como tampoco sería necesario que el Obispo, la Universidad y los vecinos afectados desalojasen sus domicilios.

Preguntó el Cabildo a don Ventura si, al quedarse la catedral sin torre a causa de su demolición, sería posible construir nuevos campanarios aprovechando los arranques de las torres que se habían comenzado a levantar por Juan de Setién en los ángulos de la cabecera plana del templo. Examinó el arquitecto estos fustes y hallándolos capaces de resistir la elevación correspondiente diseñó un dibujo por el cual se podrían construir los campanarios y remates gemelos del testero²³. El dibujo se ha conservado (fig. 3) e indudablemente se le puede emparentar con la torre que el mismo Rodríguez había construido en el Monasterio de Silos y con las que posteriormente proyectó para la fachada de la catedral de Pamplona. Sin embargo el arquitecto madrileño se esmeró en conservar con la mayor fidelidad posible la forma de la torre que había ordenado deshacer. Mantiene todos y cada uno de sus cuerpos pero corrige cada elemento y cada moldura de conformidad con un más depurado lenguaje barroco clasicista. El piso de campanas tiene sólo dos huecos entre pares de columnas jónicas —en el fuste elevado por Setién había pilastras toscanas— y en el cuerpo ochavado se utilizaban columnas corintias. Los pináculos góticos se sustituyen por estatuas sobre pedestales y la cúpula anillada lleva óculos perforados, motivo predilecto de Rodríguez por influjo de Juvorra.

Este proyecto de erigir dos torres gemelas en el testero de la Catedral Nueva, de haberse llevado a cabo según el diseño de Rodríguez, no cabe duda que habría mejorado, entonándolo, el aspecto de la cúpula sobre el crucero, pues aquellas se encontrarían más próximas a la misma sirviéndole casi de flaqueo. Ahora, rehecha la cúpula churrigueresca en un estilo también barroco clasicista por Sagarvinaga, no casa con el resto de la catedral gótica y destaca excesivamente en solitario. También es cierto que, de haberse realizado el pro-

²³ T. Reesse cree equivocadamente que este dibujo era para reconstruir nuevamente la torre que Rodríguez aconsejaba demoler. Este preveía también esta posibilidad con tal de que se hiciese con piedra nueva o aprovechando de la demolición sólo la que fuese realmente utilizable. Pero en todo caso su dibujo no era para ésta sino para las torres gemelas del testero. Es también lo que afirma don Antonio Ponz, buen conocedor de los hechos como secretario de la Academia, *Viaje de España*, edición de 1947, p. 1.084.

yecto venturiano, lo que hubiera ganado el aspecto de la cúpula, lo hubiera quizás perdido el de las naves, pináculos y cresterías de la catedral.

Entre tanto el 24 de noviembre de 1766 escribía el Intendente Corregidor de Córdoba, hermano del canónigo lectoral, enviando al Cabildo el parecer del ingeniero francés Baltasar Dreveton a quien también se había consultado sobre el problema de la torre, seguramente porque había realizado la reparación de las de las catedrales de Córdoba y Granada dañadas igualmente por el terremoto de Lisboa de 1755²⁴. El dictamen era contrario a la demolición, asegurando que la torre tenía todavía remedio si se ponían en práctica las medidas que él propondría. Como los andamios colocados alrededor del fuste daban la impresión de haber contenido desde entonces su resquebrajamiento, el Cabildo decidió retrasar el apeo de la torre y llamar al ingeniero marsellés.

Personado Dreveton en Salamanca a finales de diciembre y tomándose tiempo para examinar detenidamente los desplomes de la torre, emitió por fin dictamen el 6 de enero del año siguiente 1767, dictamen que se leyó ante el Cabildo el día 8. Lo hizo acompañar de un dibujo (fig. 4) en el que demostraba gráficamente la solución propuesta para entibar la torre sin tener que proceder a su demolición. Para apoyar su tesis aducía el ejemplo de la torre de la catedral cordobesa que él había sabido conservar sin tener que derribarla, derribo que también se había temerariamente decidido²⁵.

No atreviéndose el maestro de la catedral Juan de Sagarvinaga a cargar con la responsabilidad del arreglo ofrecido por el ingeniero francés, pues se aferraba al criterio de derribar la torre, el Cabildo acudió a Jerónimo García de Quiñones para que se encargase de la obra, entregándole los planos e instrucciones complementarios en que aquel pormenorizaba algunos de los puntos contenidos en su informe. La obra se efectuó, pues, tal como la había proyectado Baltasar Dreveton. Se cinchó el fuste románico con seis cadenas colocadas sucesivamente a diferentes alturas. Hecho esto, se forró enteramente el fuste con taludes de piedra hasta una altura de 140 pies, que era la altura de la torre antigua, es decir hasta recibir las pilastras del campanario edificado por Pontón y Setián. Este revestimiento se diversificó en tres sectores para darle mayor variedad y evitar, en lo posible, la monotonía engendrada por la

²⁴ La biografía de Dreveton es aún poco conocida. U. Thieme y F. Becker sugieren que puede tratarse del arquitecto cuyo nombre se documenta en Marsella en 1746 como constructor del monasterio de Bernardas y luego en 1805 como tasador y perito; *Allgemeines Lexikon der Bildenden Künstler*, tomo IX, p. 560. En España trabajó especialmente en Córdoba donde diseñó el colegio e iglesia de Santa Victoria y la capilla de Santa Inés en la catedral-mezquita. El reparo de la torre de ésta lo llevó a cabo entre 1755-1762; cfr. R. AGUILAR PRIEGO, *Obras de la Torre de la Catedral de Córdoba desde el siglo XVII hasta nuestros días*, «Boletín de la Real Academia de Córdoba», enero-junio 1956, p. 27-41.

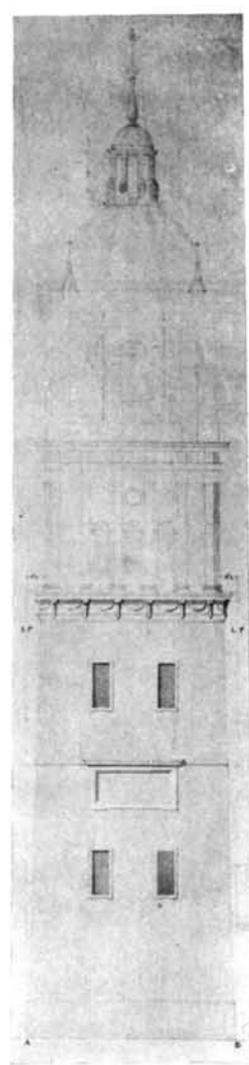
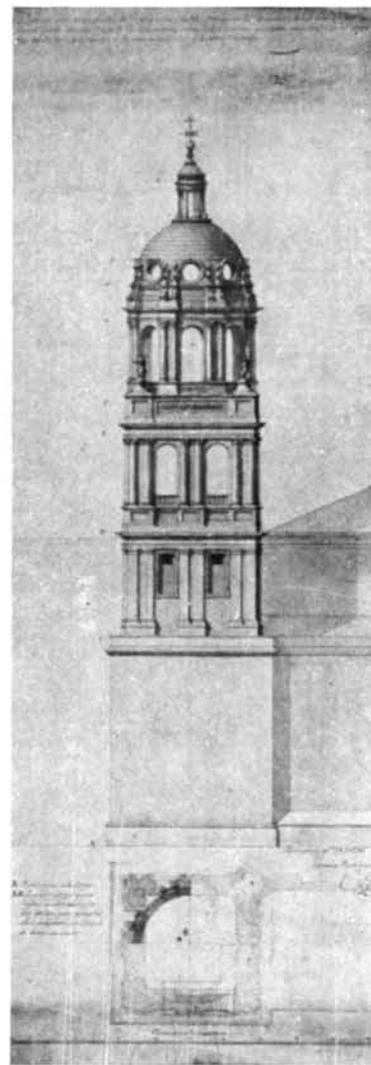
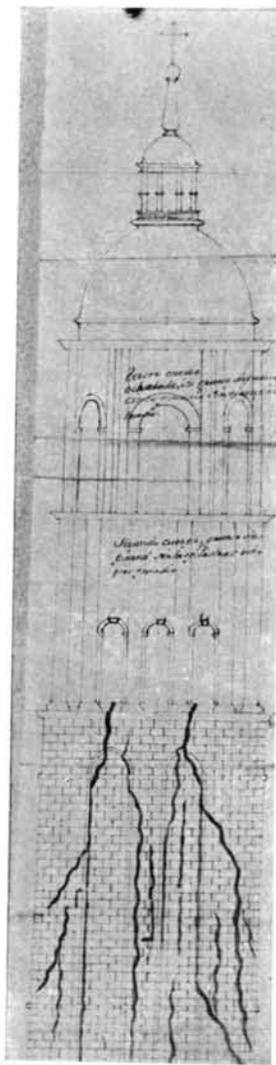
²⁵ El dictamen de Dreveton fue publicado íntegramente por M. VILLAR y MACÍAS, obra citada, tomo II, p. 444-448. Se encuentra transcrito originalmente en las Actas Capitulares, n.º 55 bis, fols. 327 y ss.

uniformidad. El primero era un zócalo de granito en declive, liso, terminado en una media caña con un total de 12 pies de altura. El segundo de piedra franca llegaba hasta la cornisa de la fachada de la Catedral Nueva y remataba en un cordón, formándose en él un marco con moldura para inscripción y tallándose encima el escudo de la catedral para darle mayor gracia. El tercero, también de piedra franca, concluiría en un entablamento de buen gusto adornado con canecillos correspondientes a cada pilastra del campanario. Finalmente en cada una de las caras de los últimos sectores se simularían dos ventanas ciegas.

Jerónimo García de Quiñones, ayudado por Manuel de los Ríos, comenzó a trabajar en esta obra el 15 de febrero de 1678, dándola por finalizada el 20 de enero del año siguiente. La único que añadió de su cosecha, por no figurar en el dibujo ni en las instrucciones de Dreveton, fue la balaustrada que se ve entre el forro del fuste y el comienzo del cuerpo de las campanas, balaustrada de diseño y composición semejantes a la que su padre, Andrés García de Quiñones, había hecho veinte años antes en lugar equivalente de la fachada de la iglesia de la Clerecía. También enderezó Jerónimo la aguja y la linterna de la veleta y sujetó con barrotes de hierro los pináculos al cuerpo del ochavo ²⁶.

En resumen Dreveton logró salvar el hermoso conjunto compuesto a comienzos del siglo XVIII por Pantaleón Pontón y Setién para culminar la torre de la catedral, pero a costa de ocultar por completo el fuste románico, venerable reliquia no exenta, a su vez, de belleza dentro de su simplicidad. Además, y a pesar de los esfuerzos del ingeniero marsellés para evitar la monotonía de los paramentos con que forró materialmente dicho fuste, éste vino a resultar soso, pesado y por necesidad tan voluminoso que resta ahora en gran parte la gracia y sutileza casi góticas con que Pontón y Setién ideó el campanario, ochavo y media naranja que coronan airosamente la torre.

²⁶ La torre no volvió a necesitar reparo de importancia hasta octubre de 1857 en que un rayo volvió a causar considerable daño en la flecha y veleta. Puso remedio provisional el arquitecto municipal don Tomás Cafranga, pero fue necesaria una más completa reparación que realizó el arquitecto diocesano don José Secall entre 1878-1880.



Torre de la Catedral de Salamanca: 1. Dibujo de Pedro de Ribera para el refuerzo de la torre (1737).—2. Dibujo de Juan de Sagarinaga del lado de Poniente de la torre (1765).—3. Proyecto de Ventura Rodríguez para una de las torres del testero (1766).—4. Dibujo de Baltasar Drevetón para recubrir...